

EDITORIAL FUNDAMENTOS

Caracas, 15 - Madrid-4 - Teléfono 419 96 19

ULTIMAS NOVEDADES

Psicología

- «Curar con Freud», de S. Nacht. 175 pesetas.
- «La entrada en la vida», de Georges Lapassade. 175 pesetas.
- «Melanie Klein», de Claude Geets. 100 pesetas.

Historia y economía

- «La ideología liberal», de André Vachet. 2 vol. 125 y 150 pesetas.
- «El tercer mundo en cifras», de Pierre Jalée. 100 pesetas.
- «La economía alemana bajo el nazismo», de Charles Bettelheim. 2 vol. 100 y 125 pesetas.
- «Leyendo el Capital», de Lefebvre, Poulantzas, Mandel, etcétera. 175 pesetas.

Cine y Teatro

- «El Método del Actor's Studio (conversaciones con Lee Strasberg)». 175 pesetas.
- «Claude Chabrol», de R. Wood y M. Walker. Fotografías. 125 pesetas.
- «Roberto Rosellini», de José Luis Guarnier. Fotografías. 150 pesetas.
- «La rebelión de los objetos», de V. Maiakovsky, y «Don Quijote libertado», de A. V. Lunatcharsky. 50 pesetas.

Próximas apariciones

- «Laing: antipsiquiatría y contracultura».
- «La muerte de las Bellas Artes», de Jean Galard.
- «Documentos políticos del surrealismo», de André Breton.



ARTE • LETRAS

res—, que daría lugar a una «división internacional del trabajo» (Portugal, vino, e Inglaterra, paño, en el ejemplo ricardiano), resultado de la cual los países subdesarrollados asumieron y desempeñaron ampliamente el «rol» de exportadores de materias primas y productos alimenticios (bienes cuyos precios se deterioran continuamente en los mercados internacionales), mientras que las áreas más desarrolladas —las metrópolis— se especializaban en la exportación de productos manufacturados o bienes intensivos en tecnología. Este es el modelo del desarrollo del comercio internacional bajo el signo del capitalismo.

En el año 1966, A. Gunder Frank escribía: «El actual subdesarrollo de América Latina es el resultado de su participación secular en el proceso de desarrollo capitalista mundial» («El desarrollo del subdesarrollo»), desarrollo que, precisamente, alcanzaba sus cotas a costa del subdesarrollo de otras áreas satelizadas.

Desde entonces se han efectuado muchas aportaciones interesantes a un bloque teórico, enfrentado con la teoría académica del desarrollo, calificado genéricamente como «teorías de la dependencia» (T. Dos Santos, O. Sunkel, C. Furtado...).

En «Lumpenburguesía: lumpendesarrollo» (1), A. G. Frank pretende responder a una crítica global a las teorías dependencistas —efectuadas por críticos mexicanos, fundamentalmente—, imputándolas que su esquematismo metrópoli-satélite les lleva a obviar o a diferir en el espacio y en el tiempo planteamientos más correctos en términos de clases sociales. A. Gunder Frank examina la política de clases de la burguesía latinoamericana a través de los momentos más interesan-

tes de su Historia (independencia formal, guerra civil, liberalismo, imperialismo, «nacionalismo»). Esta visión encuadra de una forma más correcta y matizada el problema del subdesarrollo, al plantear éste como una satelización de la colonia (o país independiente), pero «impregnándola de una estructura de clase capitalista, con sus contradicciones fundamentales».

El estudio es a veces muy parcelado y esquemático, pretendiendo pasar por un modelo idéntico todas las variedades tonales de la política de clase burguesa en cada uno de los países de América Latina, como si un modelo se legitimase por su adaptación mimética a todas y cada una de las situaciones particulares. No pedía tanto la crítica. Esta pretensión sólo podrá ser valorada en justos términos cuando se hayan elaborado otros estudios de base sobre cada uno de los países del bloque. Las palabras con que A. Gunder Frank termina el trabajo son testimonio lúcido de sus tesis básicas y respuesta cumplida a la crítica mexicana: «El enemigo inmediato de la liberación nacional en Latinoamérica, tácticamente, es la burguesía propia... no obstante que, estratégicamente, el enemigo principal innegablemente es el imperialismo». ■ LAZARO MUÑOZ.

Gramsci, en España

No puede decirse propiamente que Antonio Gramsci haya estado o esté de moda en los medios intelectuales de nuestro país. Más bien habría que hablar en este caso de lo contrario, aunque sólo sea por el hecho de que las amplias espaldas por las que se introduce tanta semiología y tanta Teoría (con mayúscula) generalmente aséptica, o las mínimas ranuras por las que se cuela en la siempre bien dispues-

ta industria editorial española algún que otro clásico del socialismo, no suelen abrirse para dar cabida a Gramsci. Y menos a todo Gramsci. Es decir, no sólo al Gramsci teórico de lo nacional-popular o de la organización de la cultura, sino también al Gramsci político, artífice del núcleo dirigente del partido comunista italiano en los años 20, animador de los consejos de fábrica torineses, consciente internacionalista y activo (en la medida de sus diezmasadas fuerzas) paciente de la represión fascista mussoliniana.

Desde los años en que algunas bien intencionadas revistas dedicadas al cine o al teatro tenían que referirse a Antonio Gramsci semiclandestinemente diciendo «como afirma A. G.», ante la sorpresa de unos y el guiño de complicidad de los otros, se han ido traduciendo al castellano o al catalán algunas de las páginas del revolucionario de Cagliari (1). Páginas que, procedentes de los *Quaderni del Carcere*, no necesitaban mayores recortes, puesto que ya habían sido escritas en su idioma original pensando en los periódicos registros carcelarios, y que, por otra parte, alcanzaron en nuestro país menos difusión que las de otros marxistas entonces más en boga, como G. Lukács, por ejemplo. En cualquier caso, entre esas páginas no estaban los escritos políticos del joven Gramsci, no estaban los artículos periodísticos de la *Città Futura*, de *Il Grido del Popolo*, de *L'Ordine Nuovo* o *Avanti*. No estaba, en definitiva, toda la producción gramsciana anterior a los años de la cárcel.

Ahora nos llega desde México —con el con-

(1) Selección de escritos de Gramsci en: A. G., *Cultura e literatura*. Ediciones 62 (en castellano, Península). A. G., *El príncipe moderno*. Ediciones 62 (en castellano, Península). A. G., *Introducción a la filosofía de la praxis*. Ediciones Península, NCL. Todas estas ediciones, al cuidado de J. Solé Tura.

(1) A. Gunder Frank: «Lumpenburguesía: lumpendesarrollo». Editorial Laia. Barcelona, 1972.

ESPECTACULOS ARTE • LETRAS

siguiente retraso ocasionado por el obstáculo del océano unido a otros obstáculos menos naturales— la «Antología de A. Gramsci», preparada por Manuel Sacristán y fechada en mayo de 1969 en Barcelona (2). Una antología que (en tanto no sea posible realizar la versión de las obras completas) cubre en parte las lagunas de la producción gramsciana anteriormente traducida en España, y que, por desgracia, no va a poder llegar de momento a las manos de los dos o tres mil lectores potenciales de las tiradas de la industria editorial española ni siquiera a



las de los muchos menos lectores reales de las mismas.

Y digo por desgracia porque leer hoy a Gramsci en la selección y traducción de Manuel Sacristán es un respiro indudable ante tanto texto pretendidamente científico sobre la estructura lógica de El capital, ante tanta reducción del marxismo a esquema, mera metodología o teoría científica de inspiración althusseriana en el mejor de los casos. En efecto, en los textos de Antonio Gramsci late un empuje moral revolucionario difícil de encontrar en un marxismo actual que muchas veces, cansado de esperar primero ante la «relativa» estabilización del capitalismo y luego ante la ofensiva del imperialismo, se ha

(2) A. Gramsci: Antología. Selección, traducción y notas de M. Sacristán. Siglo XXI Editores. México, 1970.

tomado excesivamente en serio la repetida afirmación de que el materialismo histórico forma ya parte de la «sabia» cultura occidental como uno de sus elementos integrantes. En Gramsci, el marxismo, la «filosofía de la praxis», es todavía conjunción unitaria de una crítica, una teoría y una práctica; no mero análisis histórico o económico de vocación profesoral desvinculado de la praxis revolucionaria.

Pero es que, además, en los diversos artículos recogidos en esta Antología se encuentran conceptos acuñados en los años 20-30 (y aun anteriores) que siguen siendo sustancialmente válidos para un marxismo no reductivo ni esquemático. Entre ellos —y en los límites de esta breve reseña— vamos a destacar tres.

En primer lugar, frente al objetivismo que centra el proceso revolucionario en el catastrófico desarrollo de la contradicción fundamental de la sociedad capitalista sin hacer referencia a la subjetividad de los individuos agentes en la lucha de clases, el concepto de **voluntad colectiva**, presente ya en el joven Gramsci, aunque con matices claramente idealistas y muy pronto desarrollado en un sentido materialista.

Efectivamente: después de decirnos que el pensamiento marxista no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto, sino siempre la sociedad de los hombres que desarrollan a través de sus relaciones una voluntad social capaz de canalizar como y por donde desee la realidad objetiva (La revolución contra «El capital»); y después de rebatir una posible acusación de voluntarismo, aduciendo que voluntad significa para el marxista **impulso rectilíneo hasta el objetivo máximo**, noción exacta de la potencia que se tiene en la correlación de fuerzas sociales (nuestro Marx),

Antonio Gramsci llega a la madura concreción de que el hombre es **voluntad concreta, un bloque histórico** de elementos puramente individuales y subjetivos y elementos de masa y objetivos o materiales con los que el individuo está en relación activa (El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce).

El segundo concepto que interesa destacar aquí es precisamente el de **bloque histórico**, empleado para superar el mecanicismo de la socialdemocracia y la visión simplista de una estructura económica que determina abstractamente, sin mediaciones, la sobreestructura político-institucional. Vale la pena aclarar que en Gramsci ese término tiene escasamente que ver con el de «bloque dominante» o alianza de fuerzas sociales en un momento dado, como quieren ciertas divulgaciones demasiado frecuentes y precipitadas de la filosofía de la praxis. Gramsci lo emplea al menos en un triple sentido: 1) para expresar (como se ve en la cita anterior) la compleja naturaleza del hombre social entendida como conjunción de subjetividad y objetividad; 2) para expresar el todo constituido por la estructura y la sobreestructura, así como la reciprocidad entre ambas: la estructura y las sobreestructuras forman un **bloque histórico**; 3) para expresar la orgánica relación entre el **saber** propio de los intelectuales y el **sentir** propio del pueblo-nación. En este último sentido un bloque histórico se crea —afirma Gramsci— cuando el sentimiento-pasión de las masas populares deviene comprensión intelectual, no pedante saber de mandarines.

Finalmente hay un tercer concepto que parece importante recuperar, sobre todo en tiempos de primacía de la táctica sobre la estrategia en el movimiento comunista, y de acusado taticismo en los

movimientos obreros nacionales de los países capitalistas; sobre todo en tiempos en que el socialismo parece oponer demasiado poco futuro a las promesas —casi siempre demagógicas— del capitalismo tardío. Se trata del término gramsciano de **utopía**. Lo utópico no es para Gramsci la lucha proclamada por unos principios generales futuros (como, por ejemplo, el principio que reza: «De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades»), sino precisamente lo contrario: el programa detallado, la presunta previsión de los hechos, el filisteísmo y el reformismo. Una concepción esta que ya en 1917 el joven Gramsci expresaba así: **El defecto orgánico de las utopías estriba íntegramente... en creer que la previsión puede serlo de hechos, cuando sólo puede serlo de principios o de máximas jurídicas.**

La Antología que comentamos va acompañada de unas utilísimas tablas cronológicas y de más de un centenar de notas que ponen de manifiesto una ya larga ocupación de su autor —Manuel Sacristán— con Gramsci. ■ F. FERNANDEZ BUEY.

En memoria de Antonio Espina

En el primer aniversario de la muerte de Antonio Espina, la Asociación Española de Mujeres Universitarias ha querido romper el espeso silencio que rodea la figura y la obra del gran escritor organizando una Mesa Redonda en la que intervinieron, tras la presentación de Soledad Ortega, Valentín Andrés Álvarez, Mauricio d'Ors, Gonzalo Torrente Ballester y Francisco Ayala, representado por Andrés Amorós.

Desde la presentación de Soledad Ortega, y a través de todas las intervenciones, apuntó el

propósito de rescatar del olvido, y tal vez del puro desconocimiento, una de las obras más interesantes pero más tenazmente silenciadas de nuestra cultura contemporánea. Antonio Espina, escritor de muy variados registros y artífice de un estilismo natural e instintivo realmente poco común, es uno de esos autores inscritos de manera tan solidaria en su época, que con ella corren fortuna y con ella se eclipsan. La suya —aun siendo tan larga y ancha su tarea de escritor— fue, sin duda, una época ingrata. Para definirla repudiaba Espina el rotulillo de «generación del 27», prefiriendo el de «generación de la República» o «del 31», por estimar que esta fecha simboliza mejor las razones de su destino histórico. La propia biografía de Espina se encargaría de darle la razón.

Es en ese clima de tensión e inseguridad intelectual donde hay que proyectar la silueta de este humorista cultísimo, escéptico de gran calado, agrio sin amarguras, que la crítica reconoce heredero de Quevedo, de Larra, de Goya; de ese «humor misterioso, desenfadado, agudo, que corre por ciertas venas de la gran hoja de nervios rojos de España», según precisaba Juan Ramón Jiménez en la bella semblanza que le dedicó en «Españoles de tres mundos». El humor, efectivamente, opera en la obra de Espina como un relativizador absoluto y necesario, como



la lente que corrige la sobreimagen de un objetivismo demasiado rígido. Incluso fue capaz de deslizar humor en el delicado tejido de sus versos o en los resquicios de sus estupendas biografías, disimulado como un contrabando en el expediente de una ironía que parece a primera vista inocente, pero que cala como un ácido:

«El arte viste de luto por el contraste aflictivo de pensar en absoluto y vivir en relativo...».

La obra entera de Espina es un quite empujado contra ese contraste aflictivo en el que, ciertamente, él nunca cayó. Como poeta, porque ni se entregó del todo al gesto dudoso de su tiempo ni persistió en él fuera de hora. Tampoco como novelista —Espina pertenece a la curiosa nómina de la novela intelectual, dentro de la que, a mi entender, representa el intento más conseguido (con alguna novela del maestro Pérez de Ayala) de cara a la posible **desacralización** de esta especie narrativa—, porque, toreando siempre en la distancia cómoda de la experimentación, no se arrojó hasta el límite ingenuo de las grandes, de las excesivas ilusiones. Como ensayista —crítica, periodismo, biografía, etc.—, porque ambicionó corto y consiguió largo en un ejercicio de modestia o de desdén que supo concluir sin un tachón. Leyendo su preciosa biografía de Luis Candelas, su «Romca», sus delicados y perspicaces retratos femeninos, se advierte algo así como una ejemplar voluntad de contención, un designio tan seguro de ceñir el trabajo literario con trazos modestos y ocasionales, que está revelando a veces la renuncia, en cierto sentido humorística, del escritor de grandes vuelos que era Espina.

Al revés que en su cuarteta, Espina llevó al límite la exigencia de